

Julio Barrenechea, Poesía Siempre Joven

Cuando yo trabajaba en la biblioteca de la Escuela de Derecho solía aparecer un muchacho flaco de negrísimo ojos de fuego que saludaba a Eugenio Orrego, entonces a cargo de los libros, dando grandes voces. Aquella algarabía duraba solo unos instantes, porque Eugenio volvía sobre las pruebas de la edición universitaria de las obras de su ilustre abuelo, don Benjamín Vicuña Mackenna, y el otro regresaba a su escondite silencioso en la sala de lectura donde extraía de sus bolsillos unos arrugados papeles que miraba y corregía, luego los guardaba o los extraía nerviosamente para añadir nuevas palabras. Eran sus primeras larvas líricas que nunca tuvieron escritorio ni tinta ni papel.

Lo que yo no sabía entonces era que ese muchacho era ya una celebridad en la oratoria y en la poesía universitarias.

El choque de esa voz y la gracia de sus imágenes lo llevaron más tarde, y sucesivamente, al liderazgo de la Federación de Estudiantes, a la presidencia de la Cámara de Diputados, a una brillante carrera en la diplomacia y a ganar un sillón en la Academia Chilena de la Lengua, a su regreso.

Recuerdo el triunfo de esa oratoria y de esa poesía nacida en las aulas: fue fulgurante. Era esta un juego de jóvenes sonetistas e imágenes que fluían sobre el abanico con una sencillez. Poesía y poeta asumieron la suprema jefatura de una promoción aglutinada alrededor del grupo lírico que se dio en llamar "la generación de 1930", en Chile, y que simultáneamente y milagrosamente había estallado también en toda América, amaneciendo en el canto de sus nuevos poetas.

Barrenechea, si quería, lograba también sobrepasar en los estudios de derecho. Pero el éxito de sus versos de gracia plena, fundidos en motivos inmediatos, callejeros, estudiantiles, llenó su vida y trajo a su poesía nuevas vivencias reales y vespertinas, maridas de una suerte de realismo mágico. Eran graciosos afeites en el rostro de las cosas del que parecía brotar un suave humanismo, lo que terminó con el interés de sus estudios jurídicos para llenar de vida y alegría a toda su promoción.

Mientras escribo esto, ahora, me parece oír los versos de su "Esquina con flauta" de aquellos años, en los que un ciego, soplando sobre el instrumento, transformaba la melodía en luz lunar: "Tocan las sombras del ciego y sale luz de su flauta... Esquina con flauta en donde un rayo de luz canta..." Conoci entonces su hogar, su vida, en sus estancias y pobres oficinas de la Biblioteca Nacional y de la Universidad de Chile. Encontré hogar también en su elegante Embajada de Chapinero, en Bogotá, durante un más delicioso de sorpresas, halagos y encuentros: Germán Arciniegas, Silvio Villegas, Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Roberto García Peña, Arturo Camacho Ramírez.

La fórmula poeta-estudiante fue signo de ese tiempo, y él respondió a uno de los momentos más representativos de esa poesía con su puro y travieso juego imaginario. Y comienza esa hora con su "Mito de las mariposas" (1930). Luego el amor le trae una rosa roja cuando sus imágenes se tiben de sensualidad en "Espejo del suelo" (1933); "Bucar del mundo" (1942) y "Mi ciudad" (1946), editado por la Universidad de Chile. Pero el amor, la sola pasión, cambia después totalmente la biografía de su canto que se alina en un volumen breve que la luz publica en Bogotá, "Libro del amor" (1948). Es todavía admirable la facilidad de su inspiración, la pureza de esa voz que brota sobre un acerbo de imágenes. Es una hora de paz para su vida y su poesía que, de pronto, queda abastida por una sombra: la muerte ha ro-

dad su casa y esa muerte ya no se desliza de su canto, para llenarlo de contrastes en un juego de luces y de sombras. Orel, por un tiempo, que con la muerte de su hijo, moría su poesía; pero no, allí sigue ella siempre vibrando en el dolor, sin perder luminosidad y sonoridad y toda la fuerza de su juventud: "Yo pasaba entre tantas cosas. Yo no sabía, yo cantaba, mira ahora pasar el río, y yo era el río que cantaba. Qué sabían las aguas bellas, las transparentes y adormidas. Reflejaban típidamente y se pensaban y cantaban. Y no pensaban en el mar y se escuchaba la corriente y eran felices por ser verdes y por lo mismo eran dolientes. Y yo era el río que pasaba y ahora lo miro pasar. Me volví un árbol en la orilla, y ahora sé que existe el mar".

Pero en este bello poema y en el maravilloso disfraz de una realidad por otra, ya está presente el nuevo hosped de su poesía, la muerte, porque su poesía ha sido un camino hacia la muerte, como él dice: y esa sensación de muerte no es de temor, sino más bien de enfrentamiento, y no sólo con la suya propia, sino con el fenómeno total, que es lo que lo hace vivir una permanente sensación de lo perecedero, dice más adelante en el texto de su prólogo a su "Voz reunida", palpablemente también presente en su "Ceniza viva" y en "Estados de ánimo". Su nombre mismo da su título a uno de sus libros más celebrados, "Diaría morir" (1960), en uno de cuyos poemas se lee: "Oigo fluir mi vida, siento mi corazón, oigo mi aliento y siento la congoja de estar vivo a merced sólo de mi propia muerte", sensación más obsesiva en otra del mismo libro "No soy un reino lejano".

"Sol de la India", su solo título nos hace pensar en un poeta que mira y trae a la poesía una inspiración nacida en un mundo real de constantes revelaciones. Es una poesía que irrada un colorido americano. Colombia deja en su obra la "Catedral de Minutales", del "Libro de amor", editado en Bogotá, entre los cuales cito sólo a modo de ejemplo otros como "La casa de Efraim", "La Negra del Salmorío", tan apreciada en Colombia como su "Poema de Cartagena". Ecuador lo deja "Uvas chilenas en Quito"; Costa Rica su "Volán lejano", de "Voz reunida"; Uruguay sus "Postales de Montevideo"; México, entre otras, su "Sierra mexicana". Cuba le inspira su "Habonera", juvenil poema que registra "Espejo del sueño", publicado hace cuarenta años.

Esta alegre dimensión americana, en cuyo juego no se eluden los temas ibéricos, despierta en "Voz reunida", con igual bello en este libro viajero, joven y gracioso, en el cual parece no haber mucho sitio para el hemisferio íntimo de su poesía, tan propio de su naturaleza. Pero es precisamente en este libro donde se dibuja, por primera vez, su entrada por la "escondida senda", giro que lo hace hundirse en el más puro misticismo.

Hablo del poema "Dios tuvo un hijo", en cuyo curso halla la divina historia, tan repelida, que brota de un idioma puro y original. Ni plegaría el hombro, toma el tono de una oración a ese Hijo "que continúa vivo entre los vivos, uniendo y pastoreando, señalando el camino a los perdidos, muriendo y resucitando, entregándose, dándose, recomponiendo al triste con su fuerza y dulzura, mostrando el esplendor del corazón que se abre en el pecho con su sagrada luz...". Ese hombre "que tenía la voz de Dios dentro de su voz, que recibió inclinado en la débil cabeza la lluvia de su suave nombre. Y que nos legó una era con una cruz como un abrazo de madera", dicen las palabras del poeta.

Héctor Fuenzalida.

El mensajero. 29-11-1976. P.V.

656198

Julio Barrenechea, poesía siempre joven. [artículo] Héctor Fuenzalida.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuenzalida Villegas, Héctor, 1903-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Julio Barrenechea, poesía siempre joven. [artículo] Héctor Fuenzalida.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile